



Fig. 749. — Vista general de BAALBEC. Siria.

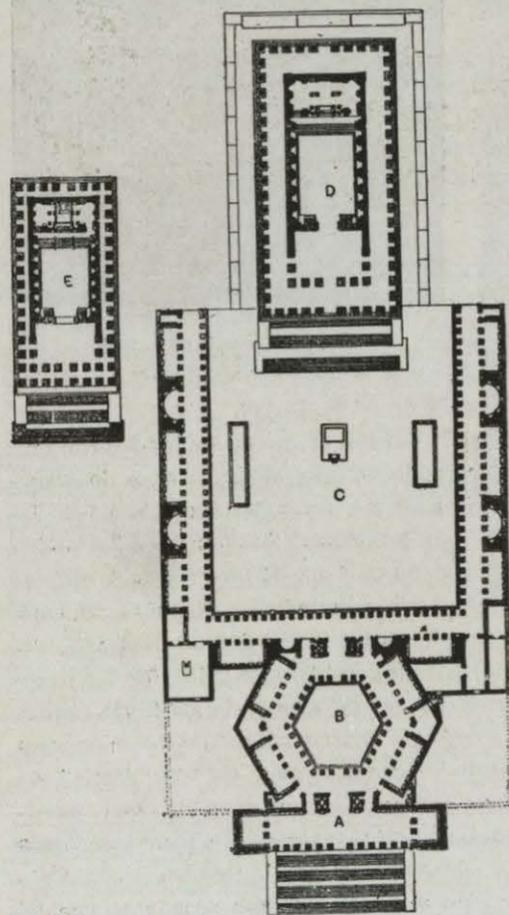


Fig. 750. — Plano de BAALBEC.

de la arquitectura, los artífices legionarios no se encuentran abandonados á sus propios recursos como en Germania. Los campamentos, en las fronteras del desierto, son magníficos, están contruídos con grandes sillares y desafían en riqueza y magnitud á los soberbios castillos reales de los persas sasánidas, que se elevaban á poca distancia del *limes* romano.

Todas las ciudades de la Siria fueron casi reconstruídas en la época romana; las provincias del Asia eran las más florecientes del imperio, y con su gran cantidad de numerario podían á menudo servir de banquero á la propia Roma. Para asegurar la dominación romana en las fronteras del Oriente, los emperadores Antoninos quisieron levantar en medio del desierto dos ciudades, Baalbec ó Heliópolis y Palmira, con suntuosidad tal que sorprendiera á los mismos asiá-

ticos. Acaso fueran ya emplazadas en el lugar mismo donde había existido uno de aquellos santuarios semíticos á que tanta devoción tenían las poblaciones del desierto. Por lo menos así parece indicarlo el culto del sol, practicado en estas ciudades, y la misma forma de sus templos, que eran hípetros, ó del tipo de patio á cielo abierto, y hasta ciertos detalles de su construcción gigantesca, que hace pensar que en ella colaboraron también los orientales. Estas ciudades fueron pronto abandonadas por los romanos, al retroceder las legiones; hoy sus ruinas, en los oasis de Palmira y de Baalbec, son las maravillas del desierto (fig. 749).

El plano de Baalbec, que publicamos en la fig. 750, dará idea de la disposición general del santuario. El ingreso es un pórtico (A) con diez columnas, que conduce á un primer patio exagonal (B). Detrás de éste se halla el inmenso patio C, con el altar en el centro y dos aljibes de agua, como la fuente de bronce del templo de Jerusalén. Más allá, elevado sobre un podio, el gran templo del Sol (D), rodeado de un pórtico de columnas corintias, pero también abierto, con el interior de la *cella* en forma de otro patio, que tiene sus muros decorados con pilastras y nichos. A un lado de este santuario principal, de carácter francamente semítico, se levantaba el templo de Júpiter (E), del que hoy quedan sólo en pie seis columnas de una de las fachadas laterales (fig. 751).

Además de los grandes centros religiosos de Baalbec y Palmira, otras ciudades de la frontera de Siria consiguieron cierta prosperidad y llegaron á ser ricas, por haberse convertido en centro mercantil y comercial entre las poblaciones asiáticas y las provincias ya romanizadas. Así, por ejemplo, es muy típico el caso de Petra, una ciudad mixta de árabes nabateos romanizados, situada al otro lado del Jordán. Petra debió su importancia á encontrarse en el límite de las tierras arenosas hasta donde podían llegar los camellos; allí los cargamentos de las caravanas tenían que acomodarse á lomo de mulos, porque se



Fig. 751. — Columnas del templo de Júpiter. BAALBEC.

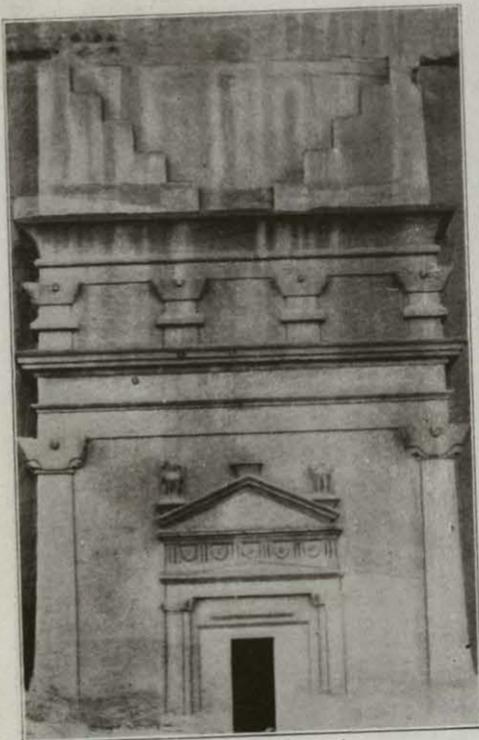


Fig. 752. — Sepulcro nabateo. PETRA.



Fig. 753. — El tesoro de Salomón. PETRA.

entraba en una región rocosa. La autoridad romana se impuso en Petra débilmente y sólo un corto período, pero, así y todo, en el vasto conjunto de montañas desnudas donde estaba la ciudad se ven aún los restos del teatro y una innumerable serie de fachadas de las tumbas excavadas en la roca. La mayor parte tienen el mismo estilo semiclásico de pilastras adosadas y arquitrabe, con un extraño remate de almenas escalonadas (fig. 752). Uno de estos monumentos, llamado por los árabes *el tesoro de Salomón* (fig. 753), parece haber sido un templo, como el llamado *El-Deir* ó convento (fig. 754). Ambos tienen sus colosales fachadas con dos órdenes ó pisos de arquitectura, tallados también en la roca, lo mismo que las tumbas; sus columnas y edículos se han aislado excavando la montaña de su alrededor. Las soledades de Petra, con su panorama de rocas y de tumbas, constituyen uno de los lugares más interesantes del Oriente. En el inmenso conjunto de aquella necrópolis transjordánica se revela un estilo artístico especial, del que las formas romanas son tan sólo la envoltura, ya que el espíritu es netamente asiático. En contacto, pues, con las poblaciones, con las ciudades romanizadas y los establecimientos de las legiones, en la Siria y la Mesopotamia vivían pueblos semíticos que conservaban bastante fuerte su sentido nacional. Este arte de los árabes nabateos no se localizó sólo en Petra, sino que se extendió hacia el Norte, por el desierto, y en la vecindad misma de Baalbec y Palmira construyeron también sus tumbas, representándose, además, los difuntos en estelas y bustos con inscripciones siríacas, y vestidos con los trajes carac-



Retratos romanos de Egipto.

terísticos de los orientales (figura 755). El arte clásico en aquellas esculturas no ha dado más que la técnica: el gesto y la expresión son completamente exóticos. En otras regiones de la Siria los sepulcros tienen con preferencia la forma de un pequeño templo *in antis*, con



Fig. 754. — *El-Deir* (el Convento), PETRA.

una cámara subterránea para el sarcófago (figs. 756 y 757). Pero en los arquivoltas, en la misma forma de los capiteles y en la decoración se presentan ya elementos extraños al arte romano. Una capital importantísima de estas provincias, casi desconocida hasta hace poco, era Bosra, cuya riqueza y prosperidad duró hasta la época cristiana. En la importante obra de Brunow: *Provincia Arabia* (que es una completa geografía arqueológica de la frontera oriental del imperio romano) se dan por primera vez datos completos de sus edificios, construídos de piedra, su gran teatro, la basílica y el foro.

Las particularidades del arte romano en Oriente presentan ya desde el siglo tercero el problema de la parte que la escuela de esta provincia pueda haber tenido en la evolución artística de las formas anti-

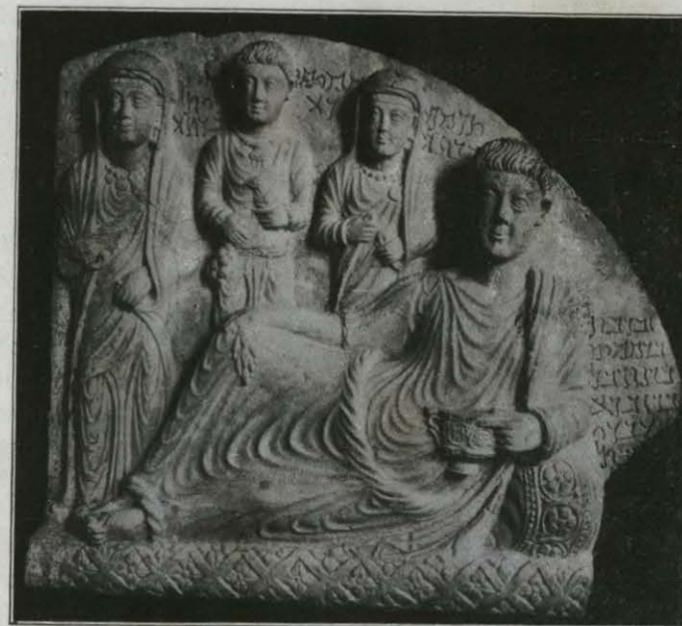


Fig. 755. — Estela funeraria de una familia de árabes nabateos. Fue hallada en PALMIRA. (Museo de Nueva York)

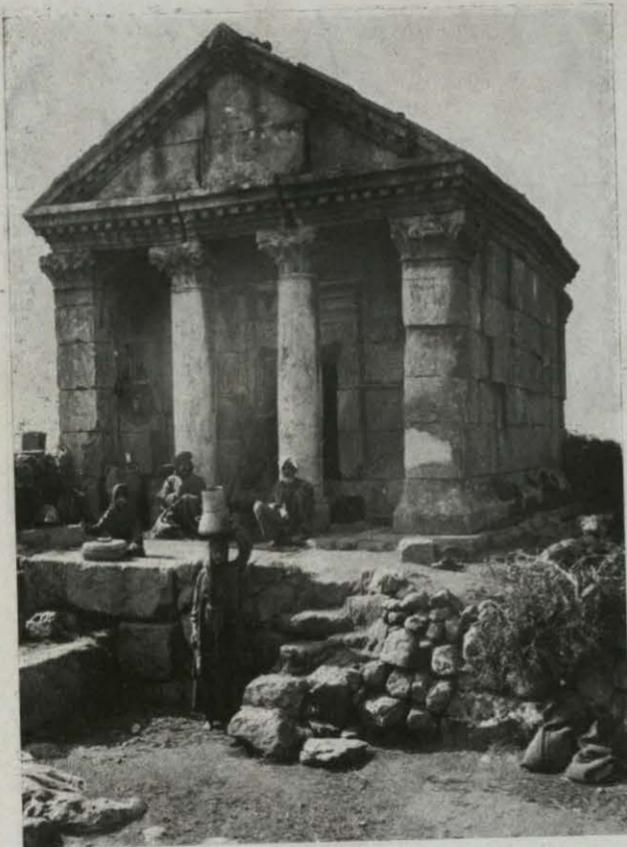


Fig. 756. — Sepulcro de Dschel-Geval. SIRIA.

artistas asiáticos y también, probablemente, egipcios.



Fig. 757. — Sepulcro romano en Palestina.

guas y en la producción del arte cristiano. Así como el arte militar de las provincias del Occidente había sido la raíz de la ornamentación románica medioeval, el arte del Oriente debió crear en gran parte las formas del estilo cristiano bizantino.

Este es un problema que apasiona hoy enormemente, el de la influencia del arte oriental en la Roma de la decadencia. Ciertamente es que ya desde la época de Trajano encontramos en Roma arquitectos orientales, como Apolodoro de Damasco, y que Adriano debió tener a su servicio ar-

Porque hay que reconocer cada día más el importante papel que tuvo el Egipto en la transformación del arte antiguo: el bellísimo relieve encontrado en Cirenaica, que representa a la ninfa Cirene librando a la Libia de un león, muestra con qué gracia todavía helénica iban evolucionando allí las formas y la técnica (fig. 758).

Los papiros griegos y romanos del Egipto nos enteran de la rara actividad intelectual de

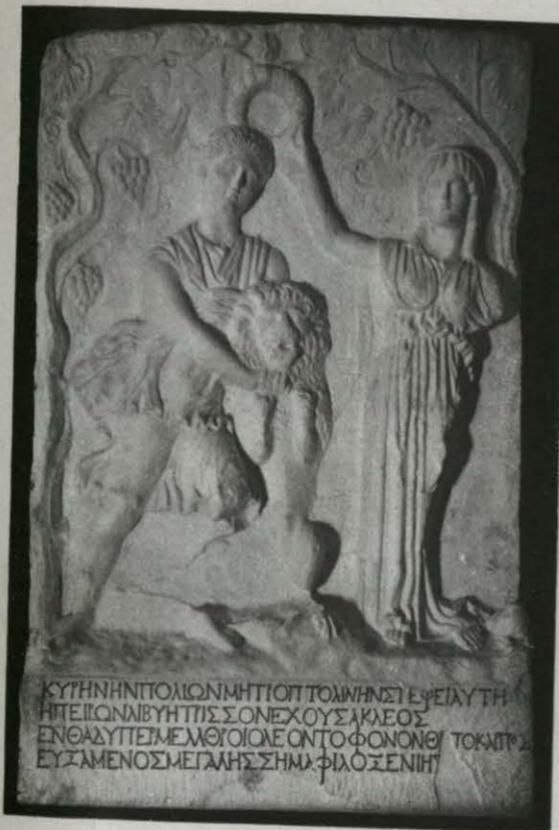


Fig. 758. — Relieve de Cirene y la Libia. (Museo Británico)



Fig. 759. — La Diana de Efeso.

la provincia en el siglo tercero; tenemos, además, multitud de retratos egipcios, pintados sobre marfil, para enterrarlos con las momias durante la época romana, que son una prueba del vigor de la escuela artística local del valle del Nilo. (Lámina XXXVIII.) Son generalmente rostros silenciosos, aunque harto expresivos de la extraña sociedad mística y refinada del Egipto romano, cabezas de jóvenes de cabello crespo, mujeres de grandes ojos negros y caras alargadas. El estilo de estos retratos se encuentra en las primitivas pinturas cristianas, como ciertos temas de ornamentación que del Egipto pasaron a Roma. Es innegable que las ideas religiosas orientales y egipcias habían penetrado de tal modo en la capital que llegaban hasta a transformar las representaciones de los dioses tradicionales: Júpiter se ha convertido en Amón, con cuernos, ó en el llamado Júpiter Dolioqueno, una divinidad con gorro frigio y hacha. Esculapio se convierte en el dios egipcio Serapis, y Diana adopta la figura siriaca de la Diana de Efeso, de múltiples pechos (fig. 759). Hasta la propia Minerva, una divinidad tan característica y casi únicamente griega, recibe alas, como los querubines orientales (fig. 760); pero lo más típico son los cultos absolutamente exóticos que ya descaradamente se introducen en Roma. Así, por ejemplo, dedicados a un culto siriaco estaban el santuario descubierto en 1911 en el Janículo, y los innumerables *mitreos* ó capillas dedicadas al culto persa de Mitra, quien se ve represen-



Fig. 760. — Minerva alada. OSTIA.

y columnatas que se veía antes que nada al llegar á la capital por la vía de Ostia; así los paisanos de Septimio Severo al entrar en Roma podían darse cuenta inmediatamente de la munificencia del primer emperador africano.



Fig. 761. — Mitra tauróctono. (Museo Vaticano)

tado por lo común en un grupo sacrificando un toro, símbolo del renacer del sol y de los largos días. El culto de Mitra en provincias estaba relacionado también con el culto de Mercurio y de Cibeles, ó la *Magna mater*, de Atis, de la luna, etc. El grupo de Mitra arrodillado sobre el toro que va á degollar, resulta á veces de gran belleza (fig. 761); se le colocaba generalmente en el fondo del subterráneo donde se efectuaban las ceremonias misteriosas con que la religión de los persas se adaptaba á la mentalidad helenística y romana.

Mientras de este modo las provincias iban elaborando las nuevas ideas que invadían hasta la misma capital, vamos á ver lo que producía el arte oficial del imperio, desde Septimio Severo á Constantino. El primero construyó en Roma un gran edificio decorativo, como un nínfeo ó fuente, al pie del Palatino, llamado *Septizonium*, que no fué derribado hasta el siglo XVI. Era una colosal superposición de arcos

Del *Septizonio* se han conservado muchos dibujos y referencias escritas, y sabemos que era una simple construcción sin escultura, cuyo único valor debía ser la monumentalidad de su enorme fachada; pero además quedan en Roma, del propio emperador, dos arcos triunfales: uno en el foro, para conmemorar el décimo año de su reinado y sus victorias en Asia, decoradísimo, aunque con tan confusos relieves que difícilmente se creería que fuesen, como en realidad lo son, de los primeros años del siglo III. Igualmente pésimos son los relieves



Figs. 762 y 763. — Vista general y detalle del arco de los plateros. ROMA.

del llamado *arco de los plateros*, en el foro Boario, que los cambistas de Roma levantaron en 204 en honor del propio Septimio Severo (fig. 762). Las pilastras y el arquitrabe están cubiertos de una seca ornamentación de acantos; únicamente tienen alguna vida los relieves, con el emperador y su esposa, Julia Domna, vistiendo traje sacerdotal en el instante de hacer un sacrificio (fig. 763). La técnica resulta desgraciada; el arte romano vuelve á hacerse áspero y recargado; parece que, para producir sus efectos, confía únicamente en la abundancia de decoración y en el realismo de sus representaciones.

En una sola cosa la arquitectura seguía avanzando atrevidamente y mostrándose en Roma, si no original, á lo menos animosa, esto es, en la construcción de las grandes bóvedas. Del sucesor de Septimio Severo, Caracalla, son las grandes termas al pie del monte Celio, aun hoy una de las más gigantescas ruinas del mundo romano. El esqueleto de las termas de Caracalla, descarnado de los mármoles y columnas, muestra los restos de bóvedas colosales que se combinan para cubrir una planta ingeniosamente trazada de salas circulares y poligonales. Tenía en el centro una gran sala, con una piscina para baños; después se hallaba el *tepidarium*, ó sala para pasear sobre un piso calentado, y otra sala circular con una cúpula (figs. 764 y 765). Detrás de este cuerpo principal del edificio había una gran palestra, con un pórtico en su rededor, y las dos bibliotecas, todavía con sus estantes, nichos para los rótulos y el pedestal para la estatua del emperador.